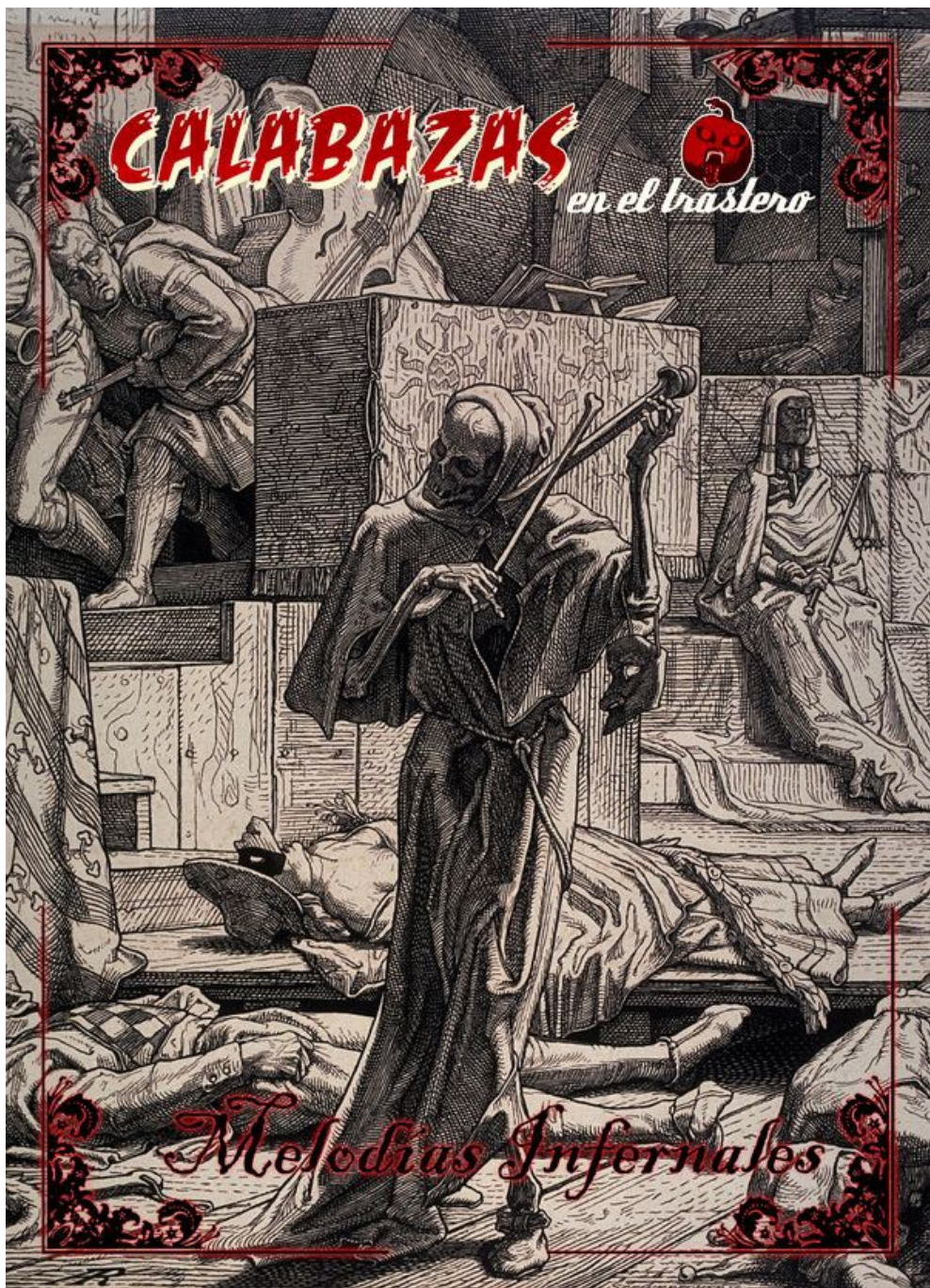


CALABAZAS

en el trastero



Melodías Infernales



CALABAZAS EN EL TRASTERO: MELODÍAS INFERNALES

Primera edición digital: junio 2020

ISBN: 978-2-490290-42-0

Autores: Miguel Ángel Aispuro Ramírez, Javier S. Donate, g2yoldi,
Darío Lozano, Miguel Huertas Maestro, Ismael Manzanares,
Miguel Matesanz, Sergio Moreno, Pedro Moscatel, Endika Perales Gainza,
Patricia Richmond, Aitor Solar, Lisardo Suárez y Marina Tena Tena

Ilustración de portada: Alfred Rethel

Prólogo: Alfonso Zamora

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente Molins

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Edición: Saco de huesos

9 Chemin de la Calade, Eyriac

07170 Lussas, France

www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

CALABAZAS



en el trastero



Melodías infernales

Prólogo

El sonido. Ese elemento que a través de la música nos puede hacer sentir todo tipo de emociones. Erizar la piel, notar escalofríos por la espalda o incluso llorar.

La música en el cine de terror tiene si cabe un matiz más importante: es capaz de obligarte a abrazar con fuerza una almohada a medida que sus acordes aumentan la intensidad. A taparte los ojos dejando una pequeña ventana entre los dedos, o directamente a volver la mirada hacia otro lado. Cuando ocurre, sabes que algo va a pasar frente a ti. El susto está garantizado.

Allá por los años '20, gracias al sonido se descubre el silencio como elemento dramático en el cine, consolidando géneros como el terror. Da sentido a escenas que te hacen estar pegado a la butaca sin necesidad de ver algo perturbador.

El cine de terror nació en Alemania y su extensión hacia el resto del planeta fue imparable. Son famosos los subgéneros del horror: zombis, gore, paranormal, monstruos o terror gótico por poner algún ejemplo.

Gracias al nacimiento del cine sonoro, hemos podido contemplar a lo largo de los años verdaderas obras maestras del celuloide. ¿Alguien se puede imaginar la película de *Psicosis*, de Alfred Hitchcock (1960), sin su conjunto estridente de cuerdas que fue el tema central de la película? Imposible.

Y hay muchos más ejemplos. Por citar alguno, tenemos las cintas de *The Haunting*, de Robert Wise (1963) y su posterior *remake* homónimo, dirigido por Jan de Bont en 1999. En este caso, podemos observar la multiplicación de la experiencia sonora.

Sin ir más lejos, al músico Mike Oldfield le cambió literalmente la vida de la mano de William Friedkin cuando se encargó de la banda sonora del film *El exorcista* (1973). Sin duda, hubo un antes y un después de su álbum, *Tubular Bells*.

Otro caso es la película *El resplandor* (1980), del director Stanley Kubrick, o *Halloween*, de John Carpenter (1978).

En definitiva: la música en el cine de terror nos ha marcado y lo seguirá

haciendo con las novedades que van saliendo cada año en las carteleras de todo el mundo. Aportando unas dosis de suspense, expectación y, sobre todo, mucho miedo.

Cada vez hay más dedicación a las bandas sonoras, creando un ambiente que cambian por completo la película que estemos viendo.

Estoy convencido de que los relatos que vienen a continuación le darán ese toque especial al mundo de la música en el cine de terror. Pero ese cometido le pertenece a este grupo de autores, que, con suma maestría, han confeccionado esta antología.

Yo me bajo en esta parada. Espero que disfrutéis cada palabra.

Alfonso Zamora Llorente

Escritor de terror, autor de la saga *De Madrid al Zielo* y *El Peregrino*

Cuatro cuerdas de luz de luna

Por Miguel Huertas Maestro

Mi padre decía que algunos violines tocan la melodía del Diablo.

Era un necio. Murió tosiendo sangre en una sábana sucia, lejos de todos los que una vez le habían querido, perseguido por sus pecados y sus mentiras.

Pero en eso decía la verdad.

Encontramos el violín a principios de invierno, cuando la escarcha se forma aún con timidez y se deshace con las primeras luces del alba. Era viejo, de segunda mano, e incluso tenía tres pequeños arañazos junto al puente, como si un gato rebelde se hubiese afilado las garras ahí.

—No es viejo —me dijo Luna—. Ha vivido.

Lo miraba con un brillo especial en las pupilas, esa luz que solo atrapaba su mirada muy de cuando en cuando. Por estúpido que pueda parecer, creo que en ese momento me sentí un poco de celoso del violín. ¿Cuántas veces me había mirado ella con esa intensidad en sus ojos oscuros? No las suficientes.

Pero la luz es luz, no importa a dónde se dirija su mirada, y yo la quería como no había querido a nadie. El invierno encendía sus mejillas y condensaba su aliento en volutas blancas frente a su cara.

—¿La música? No sé. Es difícil de explicar —me había dicho ella una vez, a los pocos meses de conocernos—. Me conecta con algo más grande que yo misma.

Creo que fue entonces cuando me enamoré de ella. Siempre he hablado mucho, el tipo de persona encantada del sonido de su propia voz, pero cuando ella me dijo eso, retorciéndose un mechón oscuro alrededor del índice, supe que lo que yo tenía que decir nunca había sido tan interesante como siempre había creído.

Le regalé el violín siguiendo un impulso de intensidad casi infantil. Puede que ella lo hubiese comprado de todas maneras. Tal vez sí, tal vez no. Pero quería que fuese mi regalo.

Quizá quería participar de la luz que había atrapado sus ojos negros.

Ganarme la curva de su sonrisa.

En cuanto llegamos a casa quise que tocara. Me animaba una expectación ingenua. La había oído tocar una y mil veces, pero ese era *mi* violín. Por una vez, yo era, de algún modo, parte de eso. No era ya un simple espectador. No del todo, al menos.

Miércoles, la gata de Luna se lamía una pata negra con parsimonia mientras dejaba su ojos dorados fijos en nosotros. Como siempre, estaba subida en el arcón donde guardábamos la ropa de verano, lo que yo llamaba «su trono».

Luna apretó la base del violín contra su cuello con una suavidad amorosa y rozó las cuerdas con el arco, liberando una vibración suave, una caricia, una promesa. Me miró de reojo, me dedicó media sonrisa traviesa. Y empezó a tocar. Fue como acuchillar un plato de loza.

Hice una mueca y me revolví en mi asiento.

—Hay que devolverlo —dije—. Está mal. Es... ¿defectuoso?

Ella me estaba mirando con una ceja alzada y un rictus de incredulidad. Creí percibir una leve sombra de ceño en su frente.

—¿Qué te pasa? Suena perfecto.

—¿Perfecto? —Me rasqué la nuca—. ¿Eso?

—Deja de tomarme el pelo. Ahora no es el momento, ¿vale? Calla y escucha.

Siempre se tomó la música más en serio que la vida. Es una buena manera de estar en el mundo. Así que me callé y escuché. Luna acometió de nuevo las cuerdas, arrancando un chirrido agudo y sostenido que me hizo clavar los dedos en los reposabrazos del asiento. Me vibraba en los huesos de una forma malsana, un filo de metal resbalando en vidrio, uñas partiéndose hasta la raíz sobre una superficie de piedra lisa.

El sonido me palpitaba a través del ojo izquierdo, trepando por el nervio óptico con manos ávidas, estallando dentro de las paredes de mi cráneo, cada nota sostenida convertida en un fragmento de metralla. Música hecha migraña.

Esa noche tuve el sueño.

Ella tocaba, de pie en mitad del salón, meciéndose al ritmo de la música que liberaba. El arco se deslizaba con suavidad, la melodía era pura como la luz de plata de la luna y tenía la ternura amarga de un último beso. Veía su espalda, su codo izquierdo en ángulo para sujetar el violín y el brazo derecho moviéndose como en aceite al deslizar el arco sobre las cuatro

cuerdas. Su pelo oscuro, suelto, cayendo por su espalda, algunos mechones detenidos en los hombros, una oreja, un atisbo de pómulo.

Ella se giró con la música, media vuelta *crescendo*. Me miró entornando los ojos con suavidad. Su aliento se condensaba por el frío, pequeñas raíces blancas difuminándose en torno a su cara como caricias. Me sonrió con dientes ensangrentados, un trazado regular de líneas rojas.

Sus ojos desaparecieron con lo contrario de un estallido, deshaciéndose lentamente en sus cuencas y resbalando por sus mejillas como caracoles blanquecinos, dejando a su paso dos caminos rojos que le partían la cara. Quise pronunciar su nombre. No pude. Solo me quedé allí, observando cómo la sangre se extendía por el suelo, manando de las fuentes gemelas de los cráteres que tenía en las órbitas, hasta que su calidez me rozó los pies descalzos.

Ella seguía tocando.

Desperté con un jadeo. La oscuridad chisporroteaba con luces irreales. La migraña me atravesaba el ojo derecho con su punzón y me revolvía los sesos con movimientos rítmicos.

Dolor *staccato*.

Me sequé el sudor frío con el antebrazo y me levanté de la cama aquejado por un leve temblor. Luna se revolvió a mi lado, sin acabar de despertarse. Atrapado aún en la neblina del sueño, comprobé que no había ninguna mancha de sangre en el suelo del salón.

Los ojos dorados de Miércoles me miraban con esa sabia gravedad de los felinos. Su pelaje se fundía con la oscuridad y su mirada parecía lo único material, hermanada con la sonrisa de guadaña del Chesire. La gata ignoró el guiño que le hice, pero ese simple gesto me retumbó en la cabeza como un pistoletazo. Me apreté la palma de la mano contra la ceja, como si eso pudiese contener el dolor, y un escalofrío me recorrió la espalda. El violín estaba sobre la mesa. Cuatro cuerdas insultantes, un cuerpo de madera vieja, tres arañazos junto al puente.

—Podrías usarlo tu también para afilarte las uñas —le susurré a Miércoles.

Tragué la bola de ansiedad que se había comenzado a formar en mi garganta, pero no pude apartar los ojos de ese maldito instrumento. Parecía mirarme tan fijamente como la gata, aunque no tenía ojos. Sentía mi propia mirada invertida hacia mí, como si el violín fuese un espejo, como si la madera tuviese migraña y mi carne fuese solo un objeto destinado a crear

melodías.

¿Qué arco rasga mis cuerdas vocales?

Tomarme una pastilla, irme a la cama, cerrar los ojos hasta que el dolor se mezclase con la oscuridad hasta desaparecer; eso tenía que hacer. Pero la imagen seguía reproduciéndose ante mis ojos: Luna llorando sangre desde unas órbitas vacías. Y entonces eclosionó en mí, un huevo de araña liberando mil pensamientos venenosos que tejían sus telas en mis circunvoluciones cerebrales.

El violín va a matarla.

Luna no se despertó cuando cerré la puerta a mi espalda. Solo me despidió un leve maullido.

Recorrí las calles tambaleándome febrilmente en la noche, jadeando de dolor, con media cabeza en llamas. Las cuatro malditas cuerdas se clavaban en la palma de mi mano.

Me alejé de la luz mentirosa del centro de la ciudad escuchando la llamada del río, de sus aguas gélidas, de su lenta promesa de invierno. Las rocas me esperaban, pacientes, ajenas a las ratas que corrían entre ellas. Encontré un lugar adecuado, un contenedor de metal que despedía un hedor ácido y casi insoportable.

Estrellé el violín contra su costado. El primer golpe le arrancó un crujido seco y horrible que me recordó a un árbol cayendo en mitad del silencio del bosque. El segundo desgajó el mango del diapason y las cuerdas saltaron como tendones seccionados por un bisturí sádico. El tercero envió astillas en todas direcciones y acalló su música enfermiza para siempre. Metí los restos del violín bajo el contenedor a patadas y acabé así de perpetrar mi crimen.

El río era testigo, pero sus aguas nunca hablarían: estaban demasiado encerradas en susurrar su propia historia.

El cielo clareaba en el este cuando volví a casa, tiritando y con las manos heladas bien enterradas en los bolsillos del abrigo. La noche dio paso al gris pálido de nieve manchada y la razón consiguió abrirse paso en mi mente. ¿Qué iba a decirle a Luna? ¿Que había sido poseído por una idea irracional que por un momento había creído real?

¿Que un violín me había mirado fijamente a los ojos?

A través del dolor de cabeza traté de elaborar un plan que consistía en fingir ignorancia y asombro, pero se derritió con los primeros rayos de sol, como la escarcha débil y los sueños felices.

Solo quedaba decir la verdad, afrontar lo hecho, la sinceridad estoica. El primer recurso del valiente. El último recurso del cobarde.

Ella ya estaba levantada. Olía a café. Me miró con un leve ceño de protesta, un cariño empañado de enfado en su superficie.

—¿Un paseo temprano? Me has asustado.

Notaba la lengua torpe e hinchada en la boca, pero la mordí y la obligué a moverse.

—Luna... Yo... He hecho... —Inspiré con fuerza por la nariz—. Tu violín...

Ella apretó la taza humeante con ambas manos y dio un pequeño sorbo. Desvió la mirada hacia la mesa.

—¿Qué le pasa?

El violín estaba sobre la mesa. Cuatro cuerdas, tres arañazos, madera vieja. Y me miraba.

Su presencia era tan sólida que creí deshacerme como un jirón de nube al viento. Llenaba todo mi campo visual. Pero no era más aterrador que la ausencia.

La cima del arcón, el trono de la gata, estaba vacío. Un horrible agujero.

—Miércoles...

—Es sábado.

—No... ¿Dónde está Miércoles?

Una corriente de hielo me estalló en la parte de atrás de la cabeza y se precipitó por mi columna vertebral. Me empapó el tuétano de cada hueso.

Luna entornó los ojos y se encogió de hombros.

—Estará hecha un ovillo cerca del radiador, o mirando por la ventana del... —Torció los labios—. ¿Qué te pasa?

El jadeo se me había quedado encajado entre las costillas y no me dejaba respirar. El aire era un bloque de hielo en mis pulmones. Arañas tejían sus telas entre los pliegues de mi cerebro, ocho patas frenéticas rozándose sin cesar.

Salí corriendo del apartamento.

Las calles eran diferentes a plena luz. Nítidas, definidas, brutales. La oscuridad es negación, ignorancia de lo que puede ocultarse más allá del velo de la noche. Somos estúpidos al temerla. Nos protege de lo que no nos atrevemos a saber.

La verdadera atrocidad es el día.

Las aguas del río seguían fluyendo, indiferentes, prestando su caricia helada a las rocas de los márgenes. Sabía que las ratas seguían allí, pero ya

no se las veía por ninguna parte.

El hedor ácido del contenedor me saludó cuando me acerqué. Pero había algo más. Olor a carne cruda, desgarrada, a excrementos, a animal atropellado. El corazón bombeaba ansiedad a través de mis arterias. Apoyé la palma de la mano en la superficie de metal abollado. Estaba frío, o quizá yo ardía. Me llené los pulmones con ese aire viciado, tóxico. Una, dos, tres veces. Y miré debajo.

Miércoles me miraba con un solo ojo de oro apagado. El otro había desaparecido en una pendiente de órbita astillada, cráneo hundido, y sangre coagulada. Enseñaba los dientes que le quedaban en mueca congelada. Sangre en los bigotes, suspendida, casi negra en la sombra bajo el contenedor.

Yo. Yo le he reventado la cabeza.

La arcada me dobló por la mitad con la eficiencia de un puñetazo y vomité la bilis que me quemaba la garganta. Las lágrimas cayeron detrás.

Me sequé la boca con la manga del abrigo y me alejé dando tumbos, jadeando con violencia para meterme dentro el viento frío del invierno. El violín... Había creído destrozar el violín, pero en realidad... Apreté los dientes y tensé el estómago para evitar vomitar de nuevo cuando mi estómago sufrió un nuevo espasmo.

Había escuchado ese crujido de árbol talado y las cuerdas sueltas contra los dedos. Me miré las manos sin reconocerlas del todo, como si estuviesen enfundadas en guantes de otra piel. Me castañeaban los dientes, pero el pulso no temblaba, firme como el de un cirujano. Como el de un verdugo.

Adoraba a esa gata. La manera en la que se lamía las patas sin dejar de observarnos, subida en su trono del arcón de la ropa de verano. Cuando miraba por la ventana y agitaba la cola en un movimiento ondulante, casi hipnótico. La manera que tenía de perseguir los cordones de los zapatos. Además era la gata de Luna, casi parte de ella. ¿Y yo le había aplastado la cabeza contra un contenedor de metal?

No. No era posible. Pero estaba hecho.

Me apreté la palma de la mano contra la ceja, arrinconando la migraña contra el fondo del cerebro. Tenía la impresión de que mi cráneo acabaría cediendo, justo como el de... ¡No!

Me tambaleé hasta casa, girándome para vomitar de nuevo en la esquina anterior al portal. Un niño me observó con ojos de gato mientras mi pecho se agitaba, preso de una arcada que no tenía nada detrás.

Es el fin. Abrí la puerta con manos trémulas, las llaves saltando en ellas como la cola de una cascabel. *Ninguna relación puede sobrevivir a esto. Buscaré ayuda, de algún modo.*

Había leído algo sobre disociaciones, en algún lugar. Tenía que ser algo parecido. Al final, mi padre había reído el último; yo acabaría como paciente psiquiátrico, como él siempre dijo. Encogido en un cuarto, atrapado entre neurolépticos e hipnoides.

Luna estaba en mi sillón favorito, con las piernas dobladas debajo del cuerpo, mirándome con el ceño fruncido, acariciando el lomo de Miércoles con la mano izquierda. La gata ronroneaba en su regazo.

—¡Eh! —Se levantó de un salto, provocando un maullido ofendido y un salto del animal—. ¿Qué te pasa? Me estás asustando.

Los ojos dorados de Miércoles me contemplaban, acusadores. Negué con la cabeza, sintiendo una piel fría y ajena sobre la mía propia, que ardía. La mano de Luna estaba en mi mejilla, en mi frente, en mi cuello.

—Pareces de cera... ¿Te encuentras mal, otra migraña?

Asentí con la cabeza, incapaz de emitir sonido, con palabras no dichas pudriéndose detrás de mis cuerdas vocales como un gato muerto bajo un contenedor.

—Tienes que quedarte en casa —me dijo, la voz dulce, el ceño desaparecido—. Cerraré las persianas.

Me llevó hasta la cama. Se despidió con un vaso de agua, una pastilla, un beso en los labios. Y me quedé a solas con la gata que no había matado. Me miraba y se lamía la pata. Conocía a Miércoles mejor que a cualquier otro animal. El tono de sus ojos, la forma de sus orejas, el tamaño de sus bigotes. Y allí estaba, viva.

—Te has equivocado. —Me tapé el ojo con la mano y recé para que las descargas de dolor desapareciesen cuando antes—. Ya está.

Una equivocación creada por el dolor. Un mal sueño que resiste al día. Nada más.

Pero el violín seguía ahí, apoyado en la pared, junto a la mesilla de noche, olvidado como un regalo no pedido.

Su melodía había trepado por mis oídos y ahora me estaba destrozando desde dentro, clavando sus afiladas patas en mi cerebro, royendo con paciencia mi nervio óptico. Cerré los ojos con fuerza, rezando para que desaparecieran juntos.

Cuando desperté era noche cerrada. Me bebí la poca agua que quedaba

en el vaso. La migraña había desaparecido, dejando solo la sensación pesada y pastosa de su paso por mi cabeza. El violín tampoco estaba. Me pregunté con una sonrisa trémula si ahora estaría hecho pedazos bajo el contenedor cuando lo escuché.

Giré la cabeza con el ceño fruncido. Al principio pensé que eran tan solo notas atrapadas en mis oídos por el recuerdo, pero venían del salón. Luna estaba tocando.

No reconocí la canción. Era una melodía suave, tierna, con un punto que me recordó a una tonadilla infantil. Me pasé la mano por el pelo y abrí la puerta del cuarto.

Miércoles estaba en el centro de la habitación. Su lengua se escapaba con un ritmo propio, apareciendo y desapareciendo. Lamía la sangre que manchaba el suelo como un pequeño lago en una noche sin viento. Luna estaba en mi sillón favorito, el que tantas veces me robaba. El violín colgaba de sus manos laxas. El arco descansaba entre sus pies descalzos, navegando en aguas rojas.

Conservaba la media curva de su sonrisa, tierna y pícara, en esos labios ahora blanquecinos que tanta veces había besado. Pero no había luz en su mirada.

No tenía ojos.

Recordé la primera vez que la vi, retorciéndose un mechón de pelo alrededor del índice, la primera broma que me hizo, la primera vez que hicimos el amor, cuando le puse un trozo de celo en el dedo simulando que era un anillo de compromiso. Y de pronto yo estaba en suelo, ahogándome en algo tan negro que no tenía nombre para ello. Me reventaba los órganos desde dentro, uno a uno, disolviéndolos tan rápido como una descarga de radiación, como los ojos de Luna en sus mejillas, como el eco de una pesadilla yéndose junto a la escarcha del alba.

Algo se murió, sí, y quedó una carcasa vacía de lo que yo una vez había sido. Esa carcasa cogió el violín.

Recorrí el mismo camino, otra vez, andando contra el beso afilado del viento, al amparo de esa oscuridad traicionera que no me había ocultado lo suficiente.

Las nubes manchaban el cielo y apenas veía sus contornos luminosos cuando salía entre ellas la luna, blanca como media sonrisa desleal. Las lágrimas borraban todo lo demás.

Un leve vapor blanco emanaba del río y se enroscaba entre las rocas

afiladas de la orilla, tan parecido al aliento condensado de Luna...

El rumor de las aguas se mezclaba con algo más. Una extraña canción, tierna y macabra a partes iguales. Un pulsar de cuatro cuerdas en mis oídos.

El contenedor apestaba a órganos pudriéndose, un olor espeso y dulzón que me encharcaba los bronquios al inspirar. La oscuridad se retorció debajo. Sonreí, sintiendo la carne muerta de mi cara moverse con dificultad. Dos ojos dorados florecieron en mitad de esa negrura. Miércoles maulló con suavidad y salió de debajo, un cuerpo negro y alargado que se movía en total silencio.

Mis pasos iban detrás de sus patas almohadilladas, de sus maullidos quedos. Empuñaba el violín como si fuese un arma. El viento había secado las lágrimas de mis mejillas y la luz plateada quedaba atrapada en sus cuerdas, un leve reflejo de lo que mora en el frío de la luna.

La seguí hasta el borde del agua y miré los zarcillos blanquecinos de bruma jugar con el bajo de mi abrigo. Miércoles se sentó a mi lado, paciente. Miraba la corriente oscura con ojos de oro.

Allí estaba ella, desnuda bajo la luz de la luna, con el violín apretado contra el cuello como una soga, el arco ensangrentado cayendo sobre sus cuerdas. Miré mis manos vacías y recordé la madera astillada, el cráneo partido, la sangre derramada, la palabra no dicha. Y recordaba la nada, porque sentía el calor de la gata junto a mi pierna, y frente a nosotros Luna tocaba con la piel blanca de su cuerpo destacando contra las aguas negras.

Avancé, metiéndome en el río hasta las rodillas. El frío del invierno no había llegado hasta esa corriente. Era cálida y espesa, y cuando la toqué con la mano vi que era de un rojo oscuro, el color de un coágulo. Sonreí sin nada que decir y seguí avanzando, paso a paso. Miércoles se quedó inmóvil. Sentía sus ojos dorados aún clavados en mi espalda.

Tropecé con una piedra traicionera en el fondo del río y caí hacia delante. Extendí las manos y paré el golpe, pero la sangre oscura me salpicó el pecho, las piernas y la cara. La sonrisa se tensaba de forma dolorosa en mi cara, pero no podía detenerla. Crecía con el rugido lento e imparable de una migraña y tuve la certeza de que iba a rasgarme la cara por la mitad.

Una pompa metálica estalló contra mi paladar y vomité una oleada de vísceras deshechas hacia el río. Los ojos oscuros de Luna me observaban, entornados. Bailaba sobre las aguas, meciéndose lentamente al ritmo de la música que derramaba. El violín latía con firmeza, pero el pecho de ella

callaba, inmóvil.

Me conecta con algo más grande que yo misma.

Pese a ser noche cerrada, la comprensión me golpeó con toda la crudeza del día.

Mi risa era un estertor encharcado, pero estaba preñada de felicidad.

Sobre el autor de «Cuatro cuerdas de luz de luna»:

Miguel Huertas (Madrid, 1991) es autor de las novelas *El peso del acero* (Acuedo Ediciones, 2018) y *Aurora negra* (Amarante, 2016). En 2015 fue uno de los seleccionados para figurar en el libro de relatos *Lovecraft. Mitos de Fuenlabrada*, publicado por Kelonia Editorial. Desde 2014 ha publicado más de una docena de relatos cortos en revistas de género (Calabazas en el Trastero, Sueños de la Gorgona, NM, La bolsa de pipas, Relatos Increíbles). También ha ganado premios y menciones honoríficas (Agustín Díaz, VII Premios Framaguad, II Certamen de Cuento Infantil Reescrito con Perspectiva de Género). Entre 2016 y 2017 fue parte del comité editorial de la revista Relatos Increíbles (Acuedi).

Más información en <https://www.mhuertas.com>